



Introducción

cción y reacción, avance y retroceso, prosperidad y decadencia, desnivelamientos y esfuerzos, y luchas más ó menos lentas ó activas para llegar á un orden perfecto, constituyen el maravilloso panorama de las sociedades que nacen y crecen y se desarrollan á medida de propios ó extraños elementos, ó que decaen y mueren por la inflexible lógica de la naturaleza, sin que jamás la necesidad ó el acaso, ciegamente y á guisa de cuñas de hierro, entren á separar ó romper las cosas humanas, como con tanto acierto ha dicho Cormenin.

Desde que España colonizó en el Nuevo Mundo echó en él los gérmenes de una sociedad nueva también: la mezcla de conquistadores y conquistados forzosamente hubo de producir otra raza igualmente diversa de la española y de la india; engendraronse familias semejantes, pero no iguales á las de la metrópoli, y apareció otro pueblo con distintas necesidades, otra entidad, en fin, que más tarde ó más temprano se hallaría dotada de fuerza propia é impulsada necesariamente á reclamar su autonomía.

Oportuna ó prematura llegó la hora precisa de la emancipación: la serie de acontecimientos ocurridos en Europa desde la revolución francesa, hizo brotar en la Nueva España esas ideas y sentimientos que preparan la modificación ó transformación de los pueblos, y la de México favorecía el estado á que se hallaban reducidas las naciones

del viejo continente, convalecientes apenas del rudo y prolongado sacudimiento que les ocasionara Napoleón I, sin que á prevenir ó á dilatar los resultados del desquiciamiento, aquende los mares, bastasen la previsión de los monarcas ni la liga formidable que, bajo el nombre de Santa Alianza, sellado habían en el tratado de París á 26 de setiembre de 1815.

Ciñéndose á sus antiguos límites y agotadas las fuerzas que gastó en más de veinte años de incesantes lides con las potencias más fuertes de Europa, Francia pensaba solamente en reparar sus pérdidas de sangre y de dinero, dejando en manos de Luis XVIII el cuidado de reconstituirla no sin trabajo, y sin dejar de sostener una lucha intestina, aunque sorda, contra el espíritu de retroceso, que habría empujado al hermano de Luis XVI á un desgraciado fin si por fortuna no consolidara un tanto su poder haciendo concesiones al progreso de la época y aclimatando en Francia el sistema constitucional.

En el territorio germánico, Francisco II, que ya había abdicado el título de emperador de Alemania, para conservar el de Austria, ocupábase en reorganizar los Estados que perdidos tenía y que le fueron devueltos con arreglo al convenio de paz celebrado en París.

Inglaterra, perpetuo blanco de los tiros de Napoleón, hallábase también sometida á la trabajosa tarea de reparar las enormes averías causadas por tan formidable enemigo, que no le había permitido completar ni afianzar las conquistas intentadas en la India, único punto que ofrecía desquite ventajoso y fácil de tanto menoscabo sufrido en sus industrias y comercio. Y mientras la reparación se obtenía, los ingleses, entregados al poder de Jorge IV, cuyos pésimos antecedentes no daban garantía de acierto, y obligados á reprimir el movimiento revolucionario de Irlanda, dejaban á su rey hollar los derechos de la prensa libre y darse á domésticas querellas, en mengua del decoro real y de la honra de la princesa Carolina, con escándalos que renovaban la memoria de los tiempos de Enrique VIII.

Italia, otra vez dividida según las prescripciones del tratado de Viena, daba no poco que hacer en la reconstrucción de la casa de Saboya y trabajo consiguiente á la organización del Milanesado y del reino Lombardo-Veneto, al paso que Fernando VI, en lucha con los napolitanos liberales y auxiliado por el Austria, sofocaba la insurrección que se levantara proclamando un régimen constitucional.

En Prusia, Federico Guillermo dedicábase al arreglo completo de su reino y á poner todos los medios convenientes á la conservación de la paz europea, en tanto que en Sajonia Federico Augusto, cargado con el encono de los monarcas aliados contra Napoleón, que le despojaron de algunos de sus Estados hereditarios y del ducado de Varsovia, apenas podía, en medio de obstáculos y contradicciones, conservarse en el trono.

En Rusia, Alejandro, que había dado á los polacos una constitución, desterrado á los jesuitas y manumitido millares de esclavos, encarábase luego contra los principios liberales que inauguraron su gobierno, y activando y concertando en el congreso de Laybach la formación de la Santa Alianza para impedir la libertad de los pueblos, á la vez apagaba la luz de la imprenta y restringía ó anulaba los privilegios que otorgado había espontáneamente á la destrozada y oprimida Polonia.

En cuanto á España, la reacción en favor del absolutismo ocasionaba no sólo temores sino trastornos y conflictos peligrosos para la quietud del Estado y para la libertad de sus ciudadanos. Fernando VII, que al cerrarse las Cortes españolas, en 9 de noviembre

de 1820, había dicho: «Cada vez me felicito más de gobernar un pueblo tan noble y generoso. He cooperado á la gloriosa empresa de su regeneración y á los trabajos loables de las Cortes, por los medios propios de la prerrogativa real: he dictado las providencias oportunas para la ejecución de las leyes, y no dudo que el tiempo dará mucha fuerza y vigor á nuestras instituciones, y que acrecerán progresivamente los bienes que ya comienzan á realizarse;» Fernando VII, repetimos, marchaba poco después al Escorial en calidad de conspirador, resuelto á emplear todas sus fuerzas en la destrucción del sistema representativo.

Las Cortes, entretanto, así como el partido liberal, no pensaban más que en inculcar y arraigar en la Península los principios democráticos. Se expedían leyes trascendentales, reduciendo las cuotas de diezmos y primicias que serían fondos del Estado; suprimíanse las dádivas ó prestaciones á Roma por razón de bulas, indultos y otras concesiones; se reglamentaba la instrucción pública; se reducía el ejército; se instituía la guardia nacional; se cambiaba el tipo de la moneda; dábase un sistema general de impuestos; señalábase al clero una dotación fija, y se trabajaba, en fin, para establecer un cambio radical en la política y las costumbres sociales.

Ardua era la tarea y en breve hízose más difícil ante la reacción armada que apareció en varios lugares de la Península, sin que el rey se diese traza de reprimirla violentamente. Fernando VII, que muchas y repetidas pruebas tenía dadas de su aversión al sistema constitucional, si bien hubo de aceptarlo obligado por la fuerza de los acontecimientos, no pudo ni quiso contener la rebelión que favorecía sus aspiraciones al absolutismo, y era indudable que la apoyaría, aunque fuese indirectamente, hasta hacerla triunfar.

Por aquellos días en Nápoles, en el Piamonte, en Palermo y aun en la capital del reino lusitano estallaron sublevaciones en sentido democrático, exigiéndose el establecimiento del sistema representativo. Los monarcas entraron en inquietud, y la Santa Alianza, desplegando sus fuerzas, no sólo ahogó en su cuna la nueva revolución liberal, sino que determinó aniquilar en España el orden constitucional, considerándolo como el peligroso núcleo de las ideas proclamadas en Italia y en Portugal, puesto que en el movimiento de Nápoles terminantemente se pedía, para adoptarla como ley suprema, la constitución española promulgada en 1812.

Tal era el estado general de Europa en los días en que México efectuaba su independencia. Por grande y formidable que apareciese aquella confederación de reyes, apenas bastaba para contener la invasión democrática en el viejo continente. La obstinación de Fernando VII para rehacerse del poder absoluto no permitía que se atendiese con la eficacia debida á los asuntos de Ultramar, ni que auxilio suficiente se prestase á los bizarros españoles, que agotaban sus inauditos y hasta heroicos esfuerzos para conservar el dominio de su patria en tierras lejanas, donde las insurrecciones de tiempo atrás se sucedían, y donde, para conquistar la independencia, se habían acumulado innumerables elementos de voluntad, de fuerza y de valentía, heredada de dos razas igualmente belicosas.

México, en los momentos de realizar su emancipación, presentaba un cuadro bien diferente de España y de casi todo el continente europeo. Esto no es decir que reinasen la abundancia, la paz absoluta y un perfecto bienestar; pero la atmósfera social hallábase impregnada de ilusiones venturosas, de promesas felices y de esperanzas ilimitadas y risueñas: las heridas abiertas

durante diez años de guerra sin cuartel se cicatrizaban al ambiente de la libertad; y de los menoscabos y pérdidas sufridas, ofrecían inmediata y amplia reparación la prodigalidad de lujosos terrenos, superabundantes en frutos y metales de todo género, que convidaban al trabajo y provocaban al comercio á todas las naciones.

La entidad política que de nuevo surgía en el mundo de Colón era una de las principales secciones del vasto continente: colocada entre los 15° 44' y los 42° de latitud septentrional y los 12° 42' de longitud oriental, contando una superficie de más de 216.000 leguas cuadradas, bañada al este por el Océano Atlántico y al mediodía por el Pacífico; elevándose gradualmente á 3000 piés de altura en escalones que forman llanadas inmensas cercadas por cordilleras de prodigiosas montañas, que parecen amurallar sus fértiles campiñas y que en suave descenso terminan en ambos mares; dueña por lo mismo de climas ardientes en sus costas y templados y benignos en su gran mesa central, que en toda su extensión sigue paralela á la magnífica Sierra Madre, la cual, partiendo del territorio de los esquimales á los 60° Norte atraviesa todo el continente americano hasta el estrecho de Magallanes; un país, en fin, de tan espléndida naturaleza é iluminado por un sol intertropical en una atmósfera limpia y brillante, nada dejaba que desear en su estructura física, ni sentía más falta que escasez de pobladores, pues, según los datos menos inciertos, no pasaban de siete y medio millones en tan grande extensión diseminados.

En lo moral, ese admirable cuadro no presentaba el mismo aspecto halagüeño al par que grandioso; había manchas que oscurecían en parte el bello diorama. A primera vista descubríanse tres distintas agrupaciones de hombres cuyos intereses, necesidades y aspiraciones tenían que ser, y en efecto, eran diversos, y esa divergencia, desarmonizando el conjunto, producía sombras desapacibles, quizá siniestras, que no podrían desvanecerse sino después de ensayar medios inadecuados unas veces y otras violentos, y casi siempre tardíos é ineficaces.

Destacábanse en primer término los españoles netos, que adueñados del país por el hecho de la Conquista, de mala gana veían romper los títulos de su dominación, resignándose solamente confiados en que su preponderancia no rebajaría si la independencia tomaba como base el reinado de un príncipe español, que por la naturaleza misma de las cosas estimaría como primero y más decidido apoyo de su gobierno á sus compatriotas, que á la vez, y en vista de los grandes intereses que representaban, habían menester eficaz garantía de consideración y seguridad. Los peninsulares arraigados en México, cediendo al irresistible empuje de los sucesos, obedecían, además, al instinto de conservación, y sin que faltasen algunos que de buena fe y por más elevadas miras impulsados desearan la independencia, es indudable que la gran mayoría de españoles no podía apetecerla sino bajo condiciones tales que no menguasen el prestigio que disfrutado habían, ni los dejasen colocados en escala más baja que la que los regnicolas se preparaban á ocupar.

Los criollos formaban la segunda agrupación: mezcla de indios y de europeos, alcanzaban una educación igual ó semejante á la de los españoles, con quienes tenían mayor afinidad por razón de la sangre, del idioma, de las creencias religiosas y de las costumbres; pero, con raras excepciones, alejados de los puestos públicos, sin representación importante en el gobierno hasta los últimos tiempos en que la constitución

vino á otorgar algunos derechos políticos, la independencia era para los indígenas una certidumbre de mejora y adelanto en todos los ramos del orden civil, y nó sin razón creían que, señores de sí mismos, elevados á mayor dignidad, pudieran constituir una gran nación cuyos cuantiosos elementos, liberalmente explotados, serían otros tantos manantiales de prosperidad.

A tales diferencias añadíase que los criollos, casi unánimes en el principio de la emancipación, no lo estaban en el modo ni en la forma propuestos en el plan de Iguala y tratados de Córdoba. Háse visto ya cómo durante la insurrección germinaron las ideas republicanas, bien pronunciadas desde los ensayos de constitución en Chilpancingo y luego en Apatzingan; sin embargo, para la multitud esas ideas eran absolutamente nuevas y ajenas á la mediana instrucción y á los hábitos de numerosos individuos, que, á pesar de sus luces, habíanse educado y nutrido con las doctrinas monárquicas y adquirido convicciones de difícil desarraigo; pero eso no impedía que el disenso en materia tan grave tomase cuerpo, dando con su incremento muy fácil paso á la anarquía y breve fin á la paz y legítimo contento de la sociedad.

Formaban la tercera agrupación los antiguos aborígenes, indios de las primitivas razas, que ocupando en la escala social el último peldaño; reducidos á la servidumbre, perdida su autonomía; maltratados por los dominadores y aun por los mismos criollos; sumidos en la abyección; considerados como menores de edad; desheredados, en fin, no aprovecharon sino por excepciones los medios que la benevolencia de algunos buenos reyes pusieron en sus manos para que alcanzasen mayor cultura y pudiesen reivindicar siquiera, ya que no sus propiedades patrias, sus derechos de hombres al menos. Los indios, lejos de fundirse de buena voluntad en la raza de los conquistadores, resistían aún aceptar de ellos esa nueva civilización que en los días de la Conquista recibieran, pues que en 1821 ya no había la sombra de aquel apostolado cristiano y ferviente que calmaba y dulcificaba las penas de los vencidos. A los ejemplos evangélicos y á la enseñanza fervorosa y constante habían sucedido el abandono, el lujo y el despotismo del alto clero; y á la eficaz protección de los Gantes, Las Casas y Margiles, las *tlapizqueras*¹ y la brutal tiranía de los hacendados. En tal situación, recuerdos tristes, tradiciones sangrientas y rencores hereditarios, levantaron una barrera que separaba de las razas española y mestiza á los indios en cuyos oídos la voz independencia despertábales indudablemente la idea de recobrar sus dominios, exterminando á los españoles. Sólo así se explica el apresuramiento con que en formidable número acudieron á engrosar las primeras legiones de insurrectos en 1810.

Elementos sociales, bien heterogéneos por cierto, eran los que transitoriamente se amasaban con un objeto único, independerse de España; pero como las tendencias de cada agrupación en el fondo eran divergentes, la grande obra de la independencia tenía muy en breve que resentirse de tan opuestas aspiraciones.

Si el plan de Iguala hubiese hallado como base un pueblo con diferencias menos distintas y pronunciadas, probablemente no hubieran aparecido ó habrían tardado en brotar los gérmenes de discordia que comenzaron á erizar de dificultades la vía de la pública tranquilidad, casi á la siguiente mañana de aquella en

¹ Especie de cárceles que había en las haciendas de campo donde se aprisionaba y azotaba á los indios jornaleros.

que indecible regocijo embargó los ánimos á vista del ejército libertador y de sus entonces egregios caudillos.

La colisión era fatalmente necesaria. El mismo don Lucas Alamán, no obstante que en el curso de su historia atribuye á las aberraciones individuales los daños causados por el inevitable choque de pretensiones contrarias, reconoce que: «En países que carecen de homogeneidad en la masa de su población, y que por esto más bien que una nación son una reunión de naciones de diferente origen y que pretenden tener diversos derechos, si esta diversidad no se funda sólo en las leyes sino que procede de la naturaleza, las varias castas, abandonadas á sus esfuerzos, no habiendo una de ellas que domine legalmente como en los Estados-Unidos, más tarde ó más temprano acaban por chocar entre sí si un poder superior á todos, sostenido por un prestigio por todos igualmente reconocido, no conserva entre ellas el equilibrio, protegiéndolas sin distinción y sin oprimir á ninguna.»

Desgraciadamente, al pueblo que se independia no era dable constituir ese poder superior dotado del prestigio y cualidades que el mencionado autor indica. Si referirse quiso al monarca español, Alamán olvidó que en México Fernando VII había perdido el prestigio desde que se hicieron públicas su deslealtad é ingratitude: ya en México se sabía lo que después ha dicho el historiador César Cantú de aquel rey, que al ocupar el trono, «en vez de conceder las mejoras prometidas, condenó á muerte á quien por escrito ó de palabra excitase á conservar la constitución, y sostenido por los déspotas extranjeros, aprisionó, desterró, deportó á muchos y destruyó los grandes bienes que quedaban de la administración francesa; se negó á liquidar la deuda á los que habían reclamado del gobierno intruso esta liquidación; redujo á una tercera parte del valor nominal los bienes de la Inquisición, y suspendió el nombramiento de prelados para emplear entretanto las rentas de las vacantes en la extinción de la deuda.»

Ya conocida esa reprobable conducta, fácil era prever que tan arbitrario monarca sería el opresor no sólo de una ó más razas, sino de todos los ciudadanos. Y si á esto se añade el error de los liberales de la Península, que luchando por dar á su patria las más amplias libertades pretendían restringir las de las colonias, se tendrá el verdadero motivo de aquella tendencia á la emancipación absoluta, verificada en breve tiempo y á pesar del trabajo hercúleo de los soldados españoles que, desde el estrecho de Magallanes hasta las remotas márgenes del Sabino, bregaban como titanes por detener medio mundo que con su enorme peso rompía los lazos retejidos en el lapso de tres siglos.

Rotos al fin, y dadas las diferencias que la naturaleza y el orden de los sucesos habían determinado, la situación de México no tenía de lisonjero más que el cúmulo de esperanzas nacientes en un pueblo dueño de sus propios destinos, pues no se harían esperar las dificultades consiguientes á la falta de práctica en los complicados negocios de la política y de la administración, y aumentando las dificultades, aparecerían en el desorden revolucionario los celos, las codicias, las ambiciones, las disputas y los odios mal encubiertos bajo el manto del patriotismo y alentados al desplegarse las banderas de los partidos.

En efecto, desde el 28 de setiembre de 1821, cuando aun resonaban los cantos de júbilo y cuando el calor del entusiasmo no se amortiguaba, la lucha comenzó bajo la sencilla apariencia de una oposición mesurada en la forma, resuelta en el fondo. Ya en ese inolvidable día los

tratados de Córdoba presentaban una bandera que no flameaba con el aura popular: la presencia de fuerzas españolas, aunque abrumadas por el peso de los acontecimientos y comprometidas por una solemne capitulación á mantenerse neutrales, si no constituían un amago positivo, daban pretexto á fingidas ó reales desconfianzas, producidas por el natural descontento que los soldados españoles dejaban traslucir al darse en espectáculo como vencidos sin haber antes quemado el último cartucho.

Muchos criollos, envanecidos del triunfo nacional, no se consideraban independientes sino á condición de que no quedase más vínculo de unión con España que el de las relaciones diplomáticas y comerciales comunes á todas las naciones, mientras que otros no creían legal la independencia sino bajo las prescripciones impuestas en el plan de Iguala y convenios de Córdoba, puesto que ellas adunaron las voluntades de mexicanos y españoles, á cuyo acuerdo se debía el éxito completo y breve de la revolución.

A esas disidencias agregábanse las inclinaciones republicanas de unos, de otros un odio hasta irracional á lo antiguo, y las ilegítimas ambiciones que nacían y prematuramente se desembozaban frente á una situación de dudosa consistencia, hacinaban esa multitud de fuerzas antagonistas que han agitado á la nación, causándola sacudimientos y convulsiones, que á veces la hacían aparecer como retrocediendo á la barbarie, á veces como próxima á su disolución.

El poder militar, único que por su naturaleza se hallaba mejor organizado, al menos para hacer sentir su fuerza, vino desde luego á constituirse árbitro de los destinos del país. Los generales y jefes del ejército, por razón de haber arrojado sus espadas en la balanza de la justicia nacional, dándola así el triunfo, creyeronse dueños absolutos de los primeros puestos, y en consecuencia destinados á decidir de todas las importantísimas cuestiones inherentes al nuevo Estado.

Pero tampoco en los militares había identidad de opiniones políticas: al llegar á la última etapa de la revolución, gran parte de ellos disientían sobre el modo de ser de la patria: era que la clase militar también se resentía del espíritu de discordia, la cual, saliendo de su estado incipiente, en breve plazo presentaría organizadas diversas banderías y con ellas el preludio de incalculables desastres. Presentíanse tanto más inmediatos cuanto que, ya roto el hábito de la severa disciplina, todo podría intentarse, invocando como causa legítima para las defecciones la salud pública. Además, los militares, creyéndose de buena fe tal vez desligados de toda autoridad que no fuese la que ellos mismos impusiesen, conforme á sus opiniones y simpatías, quedaron á merced de las facciones, que acabaron por prostituirlos, explotando con promesas las ambiciones y la debilidad ó la codicia con la seducción.

A tan desordenados materiales seguiríase la equivalencia de los partidos, que sin ser uno de ellos bastante robusto para sobreponerse á los demás, en irregulares alternativas ocuparían el gobierno y mutuamente se oprimirían hasta que la fuerza militar, dispuesta á la sedición, levantase á los vencidos, estableciendo así la evolución más estrecha dentro de un círculo vicioso, que á la fecha en que escribimos no se ha podido ensanchar ni romper.

Presentábase, además, la necesidad de reformar las costumbres sociales con la constante práctica de un sistema normal; pero éste se haría en extremo difícil, ya que no imposible, en medio de las turbulencias y de los rencores de los partidos que en siniestro cortejo lle-

varían consigo las persecuciones, las intrigas ruines, las adulaciones infames y las venganzas sangrientas que, lejos de uniformar el sentimiento nacional y de levantar el espíritu público, los adormecerían, los nulificarían y darían perpetuo aliento á la discordia, aplazando para muy lejanos tiempos el reinado de la justicia.

Hé aquí bosquejado el campo vasto y fértil, pero salpicado de maleza, sobre el cual, arraigadas seculares tradiciones y costumbres, iba á experimentarse, no el metódico trabajo de lento desarraigo y suave transformación, sino el caluroso y descompasado embate del soplo novador, el soplo de la impaciencia y de las pasiones que destruyen sin siquiera preparar la reconstrucción, y que siempre esperando alcanzar éxito favorable, completo y duradero, aplazan para entonces realizar sus imaginadas mejoras.

Tenaces y naturales, por tanto, habrían de ser las resistencias; que si de un lado los principios liberales que de Europa venían á infiltrarse en América daban paso franco al libre examen y ofrecían seductores horizontes de libertad y de progreso; del otro estaban las creencias religiosas, íntimamente ligadas con el sentimiento de profundo respeto á la autoridad única y sin contradicción reconocida; estaban el apego á esa tranquilidad monótona en el espacio de dos siglos disfrutada y los intereses creados á la sombra de un uso rutinario, y muchos de ellos sostenidos por lazo estrecho con el poder secular que les daba consistencia y creces.

Al emprenderse el cambio de tan disímboles elementos; al verificarse el choque inevitable y producirse el legítimo deseo de alcanzar paz y bienestar, veremos á los partidos haciendo ensayos de gobiernos peligrosos ó ineficaces, ya erigiendo imperios, ya descentralizando el poder para conseguir amplias libertades, ya retrocediendo al absolutismo bajo la dictadura militar, y en el corto espacio de treinta y tres años darse ocho constituciones, sin que nada bastase á satisfacer las necesidades sociales ni á contener el torrente de las pasiones políticas que en sus diarios desbordes, lejos de agotarse ó moderarse, con más hondos rencores y á mayor distancia se apartaban, hasta llegar momentos en que se desesperase de la salvación de la patria.

Hallaremos las desastrosas consecuencias del apasionamiento popular, arrebatando y levantando en el vórtice de su entusiasmo á beneméritos caudillos que por la debilidad ó el orgullo, por la elación ó la condescendencia despojados de los atavíos con que las virtudes cívicas los ornaran, descendieron violentamente como el hijo de Dédalo, para verse oprimidos por el indiferentismo de sus antiguos admiradores, ó sacrificados sin defensa y sin piedad en medio del mismo pueblo que hubiera querido deificarlos.

Iturbide, la figura conspicua en 1821, el diestro y atrevido jefe que en momentánea evolución desertó de las filas españolas y con miras ulteriores pasó al campo de los insurrectos para ensayar sus planes de independencia, es una de esas entidades que, aturridas por el torbellino popular y halagadas en sus ambiciones hasta trocárlas en ilegítimas, traspasan los límites de la altura señalados por la filosofía, por la calma del corazón que sabe combatir la sed de gloria, y caen estrepitosamente para hundirse en el olvido ó cambiarse en objetos de execración ó de envidia que suele acompañarlos más allá del sepulcro.

La humanidad es inexorable: no ignora que trabaja siglos para producir un Cincinato ó un Washington, y sin embargo, no perdona las debilidades comunes ó los descarríos y desaciertos á que ella misma provoca, ora

con su entusiasmo febril y ciego, ora con su indolencia ó servilismo.

En el desenvolvimiento de los sucesos también hallaremos como jeroglífico espantoso, al encono político sacrificando víctimas inocentes y nobles, que tras haber prodigado sangre y vida en holocausto á la libertad y al buen derecho, sufrieron persecuciones mortificantes y fueron sin compasión inmoladas en aras del aborrecimiento y del miedo. Entre esas víctimas descuella el general don Vicente Guerrero, de vida famosa y acrisolada, mientras no cayó en manos de las facciones, que, minando el pedestal de gloria en que el valor, la constancia ejemplar, el candor y la honradez lo colocaran, causaron su trágico fin, y trazaron el ancho reguero de sangre y de lágrimas que todavía no puede borrarse.

Contaremos las alternativas de personajes que se hicieron notables, tan sólo por espíritu de bandería, ó que fueron no más que instrumentos de tal ó cual facción, ó que dotados de alguna cualidad no común se colocaban sobre infinidad de medianías, que convencidas de su propia ineptitud empeñábanse en que un individuo único labrase la felicidad de la patria, suprimiendo de un golpe y en un día las innumerables ambiciones engendradas al calor de la guerra civil, contentando las aspiraciones de los partidarios y las de la multitud que, al cambiar de gobernantes, pretendía que en el acto brotasen el bienestar y la abundancia, y esto sin dar más contingente que alabanzas y adulaciones, retiradas á la mañana siguiente para envanecer con ellas á un nuevo regenerador, alzado en hombros de los descontentos y destinado á seguir la monótona evolución de sus antecesores.

En el continuado vértigo de la discordia, veremos á la deslealtad y á la perfidia sentando sus reales en medio de una sociedad tenida por cristiana, y en la que la palabra de honor llegó á ser un contrasentido y el respeto á la Divinidad una fórmula sin aplicación posible, haciéndose entonces necesaria, para transar con la inmoralidad, la supresión del juramento, de esa fórmula sagrada con la cual en Roma se comprometía la vida y la honra, y que hizo admirables á los caballeros de la Edad media.

A que se perdiese toda noción de honor y de religiosidad, fuera de los medios corruptores que los partidos empleaban para engrosarse, se advertirá la eficaz cooperación de multitud de agiotistas que aparecieron hormigueando en derredor de los gobiernos, los cuales, en sus diarios apuros y constante bancarrota, careciendo de planes hacendarios, sin conocer ni estudiar los principios siquiera elementales de la economía política; sin conservar un método, por la sola razón de haberlo sistemado un partido contrario; dudando del porvenir y dados al azar de inopinados acontecimientos, iban al derroche conducidos por las garras de especuladores desalmados, y libraban la duración del poder al plazo en que buenamente pudiesen cubrir el prest de los soldados, siempre listos, como los pretorianos, á volver las armas contra gobiernos tan mal establecidos.

Igualmente se verá como á prorrogar el crónico desorden coadyuvaba el poder eclesiástico, que amenazado de perder sus bienes y prerrogativas y hecho el blanco de los reformadores, preveía el menoscabo de su influencia, y lo que era más, el aniquilamiento de sus riquezas, amontonadas durante siglos en los que la piedad de los fieles, la munificencia de los monarcas y las grandes adquisiciones hechas por imposición de

caudales, que unas veces capitalizando réditos insolutos y otras convertidos en fincas urbanas ó rústicas, habían multiplicado los tesoros del clero hasta constituirlo dueño de casi toda la propiedad territorial.

Así, pues, con fundados temores se inclinaba decidido á favorecer al partido llamado conservador, en su mayor parte compuesto de cristianos timoratos, de monarquistas convencidos, de capitalistas ligados al clero por intereses pecuniarios y de toda la gente que medraba ó se mantenía amparada por la Iglesia.

Pero, por desgracia para ella, el clero había perdido mucho de la respetabilidad y prestigio que lo acompañaban en los primeros días de la Conquista. A tiempo de verificarse la independencia, casi desaparecido habían el fervoroso celo, la abnegación, la caridad y el valor de los insignes frailes, que superando en heroísmo á los guerreros españoles, ejercieron el apostolado con éxito el más venturoso.

En 1821 las pacíficas proezas de los Olmedo, Las Casas, Gante, Margil, Benavente, Marchena, Guerrero, Alonso y otros muchos varones ilustrísimos, con admiración se leían, y se habrían estimado como romances fabulosos á no ser por los innumerables y bellos monumentos que nos dejaron en testimonio de su azarosa existencia y de sus insólitas virtudes. El recuerdo de éstas y la presencia de aquéllos sólo quedaban para servir de contraposición y de ingrato paralelo con el clero de la época, generalmente sumido en la ignorancia y dado á la ociosidad y á la lujosa pompa del culto.

Por muchas que fuesen las excepciones de sacerdotes virtuosos y honestos, en la mayor parte de las comunidades de regulares hallábase la disciplina relajada al extremo de intentarse por varios prelados la reforma de los monasterios, reforma que entre los frailes ocasionaba escandalosas resistencias, y que los impelía á favorecer, gastando sus tesoros, al partido que les asegurase el tranquilo goce de sus inmunidades. Mezclado así el clero en las querellas políticas, derrochaba sus bienes y ardiente mantenía la tea de la discordia civil. De semejante aberración resultaba el abandono en que se tenía á numerosos pueblos que hoy mismo viven casi en estado de barbarie.

¿Qué extraño podía ser que con tan perniciosos elementos la nación mexicana durante largos años no lograra encarrilarse en la vía de un orden normal? Muchos escritores, después de los sucesos que han pasado, detienen vanamente á señalar la marcha que debió seguirse, y á trazar, dando vuelo á la imaginación, cuadros magníficos que habrían sido consecuencia de mayor lucidez en la previsión de los hombres encargados de dirigir el paso de las sociedades. ¡Singular criterio! El hombre, por más que parezca vulgar el axioma, no puede hacer más que lo que su naturaleza y especial organización le permiten: por desmedida que sea la altura á que sus talentos ó su genio lo eleven, no adquirirá la facultad de adivinar, ni le será dable alcanzar más previsión que la que se desprende del mayor número de probabilidades, falibles muchas veces, puesto que descansan en inteligencias y voluntades ajenas, en la volubilidad del corazón humano, ó en contingencias inopinadas como las de enfermedad ó muerte, bastantes por sí mismas para trastornar y deshacer los planes mejor concebidos.

Distantes de todo criterio inútil, entraremos cuidadosamente en el campo de las investigaciones para descubrir el verdadero origen de los acontecimientos: así llegaremos con todo el posible acierto á existimar de las

personas y de las cosas en ese dilatado período de calamidades á que ha servido de escenario la vasta extensión de la República. En él la fatigada vista puede apenas seguir el tropel de los sucesos, bajo la oscuridad de una tormenta continua.

Hasta dónde la agresión y las resistencias justas ó razonables hayan sido en la implacable inquina de los partidos, toca decirlo al historiador que como principal deber acepte el de despojarse de sus propias opiniones y afectos para constituirse juez imparcial y capaz de dar á cada uno lo que es suyo. Este mandato siempre ha sido de difícil cumplimiento; el adelanto en el estudio de la historia y el moderno espíritu inquisitivo de los hombres que á las letras se consagran vienen descubriendo verdades que se ocultan en la oscuridad de los pasados tiempos, dando ahora motivo para calificar de parciales á historiadores reputados de probos y severos, aun cuando las omisiones en que incurrieran se debiesen á pérdidas creíbles entonces, á extravíos incalculables ó á ocultaciones egoístas de imposible adivinación y vencimiento.

Al presente, y con relación al período histórico de que á tratar vamos, las dificultades acrecen, no obstante que en materia de hechos pueda llegarse á completa exactitud por cuanto los materiales precisos no se han gastado ni desaparecido; pero la circunstancia de tocarse sucesos casi contemporáneos hace más delicada y espinosa la posición del escritor, que de seguro producirá disgusto en los actores que aun viven ó en sus inmediatos deudos, con el juicio desfavorable que forme de aquellos personajes que de buena fe suponen justificada su conducta. Otros habrá, que atribuyendo á sí mismos virtudes y méritos que á brillar no salgan, y estimándose acreedores á figurar hasta en el rango de los héroes, califiquen de apasionado si no de ignorante al historiador.

Escollos son estos que no se pueden salvar sino á fuerza de prudencia, de imparcial examen, de investigación minuciosa y sobre todo de la elección de buenas tradiciones y del acopio de documentos de intachable autenticidad. Así preparado el trabajo, vamos, pues, á desenvolver el inmenso folio de nuestras revoluciones, dando nueva forma al intrincado proceso de la República, en cuyo fondo es digno de advertir cómo se pudo en pleno desorden y en medio de la bancarrota, de la ruina de las fortunas, de la muerte diezmando en los campos de batalla lo más florido de la juventud, los brazos más robustos para el trabajo y quizá las más privilegiadas inteligencias, cómo se pudo, repetimos, obtener rápido adelanto en las artes, la industria, las ciencias y la literatura, habiendo que añadir á las permanentes calamidades de la guerra doméstica varias invasiones extranjeras, en una de las cuales sacrificóse torpe ó vilmente la dignidad del país, y en otra la mitad casi de su territorio.

Sí, en ese fondo en el que tantas aberraciones producen confusión y sombras, aparecen puntos luminosos y consoladores. Las mismas convulsiones han lanzado de la oscuridad notables figuras de hombres dotados de cualidades superiores, que si no imprimieron carácter á la sociedad á tiempo en que brillaron y ejercieron legítima influencia, concibieron para ella ideas generadoras, dieron más acertado giro á las revoluciones y trabajaron por la difusión de las luces, comprendiendo mejor que otros cuánto la ilustración de los pueblos abrevia y facilita el camino para llegar á los dominios de la libertad y de la paz.

JUAN DE DIOS ARIAS.